

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2009

Año 36 Vol. III

Letras



UANL®



Rector

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2009-091012392000-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Edición: Francisco Ruiz Solís. Portada Cinthia Pérez.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2009

Letras

LA CELESTINA: OBRA VITAL DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Lilia E. Villanueva López*

LA OBRA LITERARIA O ARTÍSTICA debe aquilatarse de acuerdo con las características de la época que la ha a florado, producido, acondicionado. De esta suerte, la creación intelectual lleva inexcusablemente la impronta de su tiempo: así en el cosmos literario el poema de *Mío Cid*, la floración poética de la época de Don Juan el Segundo, y, fundamentalmente el tema que nos ocupa, *La Celestina*, obra que puede domiciliarse en el pórtico del segundo Renacimiento español.

Nacida bajo el reinado de los Reyes Católicos, época de fijación de la lengua, presenta en su texto admirable las diferentes direcciones o modalidades idiomáticas y el panorama social inherente al cruce de la Edad Media: la magia, la superstición, el fatalismo, de un lado y el neoplatonismo y el sentido jocundo y a las veces sereno de la vida del otro, ínsito del Renacimiento peninsular.

Al aparecer el amor tras el acendrado ascetismo del Medievo, el

* Originaria de Saltillo, Coahuila. Residente en Monterrey desde su juventud. Profesora por la Escuela Normal Miguel F. Martínez y Licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. Murió en Monterrey, N.L. el 5 de noviembre de 2008.

conflicto entre cristianismo y sensualidad, entre mandato y castigo, se dio así margen a la solución trágica que entraña *La Celestina*: el tipo *Tristán* y el tipo “Cárcel de Amor”, de Diego de San Pedro, antecedentes éticos de esa creación plurisecular.

En el reinado de Fernando e Isabel tiene, pues, asiento, desarrollo e irradiación posterior la más versátil, la más discutida, la más honda y perturbadora obra literaria española, que hizo exclamar al padre de Don Quijote: *obra en opinión di-vi-na / si encubriera más lo huma-no/*.

La época del nuevo reinado (1474-1504), además de la eclosión poética tan vasta y de los vagidos de la dramaturgia española, tienen vida nueva asombrosos acaecimientos que ponen aún en azoro a los hombres de nuestros días: la introducción de la imprenta en la Península, pues ésta surge el año de iniciación del glorioso reinado (1474), y el primer libro impreso *Les trobes en la horde la Verge María*, es fruto de un certamen poético de Valencia; la meditación sobre el propio idioma —como instrumento político, cultural y evangelizadora de las nuevas tierras descubiertas y próximas a conquistarse—, representada por el humanista andaluz Elio Antonio de Nebrija —el Nebrisense—; la rendición de Granada con su postrer reyezuelo moro, lograda por las huestes de Santa Fe con los monarcas a la cabeza en los días invernales de 1492, y para el coronamiento del nuevo milagro; la llegada a la desconocida América por las naves del almirante.

Tal es el fondo social, político y cultural en que surge de *La Celestina*, obra de asombro.

La aparición de este libro dramático trae aparejados una serie de problemas, desde el bibliográfico hasta el moral, cuya última palabra, a nuestro modesto juicio, ha sido pontificada por don Marcelino Menéndez y Pelayo, sabio de toda erudición española.

El primero de ellos, el bibliográfico, tradicionalmente tratado por los críticos y estudiosos, tiene sus particularidades, de las que debemos de hablar.

La primera edición conocida es la burgalesa, de 1499, cuyo único ejemplar conocido y custodiado carece de la tapa o portada, impresión princeps que probablemente llevó el nombre de *Comedia*

de *Calisto y Melibea* y consta de dieciséis actos o *actos*, como se decía en aquel entonces. Pero nos parece lógico suponer que hubo una edición o ediciones anteriores. Si hemos de hablar de una, se situaría en 1492, año de la sumisión de Granada (acordémonos de aquel parlamento en las páginas de *La Celestina*: “¿Qué dirías si oyeses decir: ganada es Granada, la puente es llevada?” o bien en 1497, dos años antes de la edición conocida por primigenia.

Aparece después la edición hispanense, la de 1501, en la que figura el mismo número de actos y contiene una carta prólogo en que se atribuye la primera estancia del ejemplar a cierto “antiguo autor” y unos versos acrósticos que revelan el nombre de su creador.

Viene a continuación la impresión sevillana de 1502, en la que aparece reformado el título de la obra inmortal. Se llamará desde entonces y no por mucho tiempo *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, y entrañará cinco partes más, interpoladas, esto es, veintiún estancias. Según ciertos críticos, fueron agregadas por el mismo autor; a juicio de otros, son de diferente factura.

En las ediciones posteriores a 1519 llevará el rubro de *La Celestina*, empleado desde dicha fecha aún en las traducciones italianas y en las reimpressiones españolas... Siguen todavía algunas vicisitudes bibliográficas del pasmoso libro. Bástenos decir al respecto y para concluir este punto, que en el siglo XVI alcanzó hasta 76 ediciones españolas.

¿Cómo se explica tan notoria versatilidad en esa obra de la alta trascendencia en las letras españolas? El ilustre don Ramón Menéndez Pidal, cuyos beneméritos estudios han fijado la historiografía literaria hispánica ha resuelto con acierto el problema de este libro y de muchos que aparecieron en la cuna de la imprenta y que llevan el nombre de incunables, por haber visto la luz en los años iniciales del arte de imprimir.

Desde la introducción de la imprenta—1474—y hasta los primeros años de la decimosexta centuria, tuvo que operarse inevitablemente un período de confusión muy conforme a este inicio, en el que los lectores, amanuenses e impresores al catar o verter la obra hacían enmiendas a su sabor, de acuerdo con su sentir confesional o su

grado de elevación cultural, deformando el ejemplar prístino y definitivo. Algo de esto acaeció con *La Celestina* y con otras creaciones que ahora, merced a la crítica científica moderna, son enjuiciadas en sus múltiples problemas.

¿Su autor? El bachiller Fernando de Rojas, judío converso, nacido en la Puebla de Montalbán hacia 1465, estudiante en Salamanca, corregidor en Talavera de la Reina, donde murió: infancia toledana, juventud universitaria, saboreando en las aulas el sabor del Renacimiento, y plenitud con preocupaciones jurídicas y el servicio de la ciudad.

A Marcelino Menéndez y Pelayo, Julio Cejador y Frauca, Manuel Serrano y Sáenz, Valle Lersundi, Castro Guisasola y Eduardo Juliá Martínez, se deben los esclarecedores estudios básicos de *La Celestina* y de su autor, Fernando de Rojas.

Existe otro problema anexo a ese libro: el dramatismo o forma novelesca de la obra genial. Aunque por su desmesura no tenga carácter escénico y sólo en nuestros días el Teatro Español de Álvaro Custodio lo haya hecho convencionalmente, los parlamentos, la viveza o crudeza de la acción y el profundo sentido de conflicto y contrastes hacen de esta creación un verdadero drama y un punto capital en la historia del teatro hispánico y universal.

Desde luego, en el texto del libro encontramos evidencias de que la *Comedia*, *Tragicomedia* o *La Celestina* se compuso pensando en que un grupo de interlocutores parlamentarían trozos correspondientes, sentados en rueda, recitando –como decimos– y adoptando un timbre de voz, un gesto, una intensidad adecuada a los actos y palabras de los personajes:

Si quieres

*leyendo a Calisto mover los oyentes,
cumpre que sepas hablar entre dientes*

a veces con gozo, esperanza y pasión;

a veces airado con gran turbación;

*finge, leyendo mil artes y modos,
pregunta y responde por boca de todos,
llorando y riendo en tiempo y razón.*

Esta estrofa es del editor sevillano Alonso de Proaza, que realizó las impresiones de 1501 y 1502.

No aparece clara la localización de *La Celestina*. Se ha supuesto el desarrollo del drama en Salamanca, Sevilla, Toledo. En la obra aparece un río navegable llevando en sus aguas pequeños navíos. ¿Sería, acaso, Sevilla? Alguien, en aquellas épocas, señalaba consternado por el miedo, la casa de la zurcidora de voluntades, la maléfica tía Celestina.

Lo más lógico es que el bachiller Rojas pensó en una ciudad ideal tal como lo han hecho Balzac, Galdós y Pérez Ayala.

La trama de la fábula dramática se declara en castiza lengua en el texto de la obra y puede servir de epígrafe a su desarrollo y trágico desenlace.

Dejemos la palabra al escritor renacentista;

Calisto fue de noble linaje, de claro genio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fue preso en el amor de Melibea, mujer moza de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera de su padre Pleberio y de su madre Alisa muy amada.

Por solicitud del pungido Calisto reunido el casto propósito de ella (interviniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados y por esta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron, en amargo desastrado fin. Para comienzo de lo cual, dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde a la presencia de Calisto, se presentó la deseada Melibea.

El primer chispazo de aquella honda pasión prendió en un lance casual. El lugar; la huerta florida de Melibea.

Para ganarse el afecto de la mujer impar, el deslumbrado galán aconsejado por su criado Sempronio se vale de una vieja barbuda que se llama Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay, supersticiosa, codiciosa y bebedora, en quien han clavado sus garras los siete pecados capitales.

Así, escuchándola luego la incauta Melibea podrá expresar con azoro:

No me maravillo que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo.

Valiéndose de insospechable artilugio, la Celestina se presenta inopinadamente en casa de la codiciosa Melibea. Al quedarse sola con ella trata de captarse su simpatía con alabanzas, antes de declararle el verdadero objeto de la visita. Los términos vagos, deliberadamente ambiguos, que emplea antes de exponer resueltamente su embajada, causan confusión, aunque no recelo, en el ánimo de Melibea.

No bien ha acabado de manifestar aquella su pensamiento, cuando, la doncella replica con la más profunda indignación, con amenazas coléricas.

En tanto que dura la enojosa escena, la astuta Celestina no replica sino entre dientes disculpándose luego con ser sólo mensajera. La doncella –sangre joven y ardorosa– prosigue con invectivas rápidas, centelleantes. La Celestina ni se amilana por ello ni pierde su confianza en la victoria final. En efecto, en la segunda entrevista, la tercerona logra que Melibea conceda una cita al fervoroso y vulnerado galán. Así la pérfida enredadora ha logrado taimadamente el triunfo del amor que ella misma describe como:

un fuego encendido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

La primera entrevista entre Calisto y Melibea se limita a la declaración de amor, y a la promesa que ella le concede de tener libre entrada en la casa la noche siguiente.

Pármeno y Sempronio, criados de Calisto, que desde el principio estaban de acuerdo con la Celestina para compartirse las ganancias que ésta le sacara a su señor, le piden su parte a la vieja; ella se excusa de dársela, riñen, y acaban los criados por matar a la ruin embaucadora, y ellos, son, a la vez, prendidos y ajusticiados.

Dos amigos y protegidas de Celestina, mozas del partido con ribetes rufianescos, vengan su muerte en la persona del rendido y ya compensado Calisto, flor de enamorados.

La última entrevista de los apasionados jóvenes, en el perfumado jardín de Melibea, testigo de blandas delicias, está revestida de admirable poesía, digna de antologarse en nuestra lengua, mas de súbito va a tener patético desenlace esta febril trama de amor.

Dos pajes de Calisto, que vigilan en la calle, son asaltados por enemigos y dan voces.

Calisto.- *Señora, Socia es aquel que da voces. Déjame ir a valerle, no le maten, que no está sino un pajecito con él. Dame presto mi capa, que está debajo de ti.*

Melibea.- *¡Oh triste de mi ventura! No vayas allá sin tus corazas, tórnate a armar.*

Calisto.- *Señora, lo que no hace espada y capa y corazón, no lo hacen corazas, y capacete y cobardía.*

Calisto, al descender por una escala que ha colgado del muro de la huerta, pone el pie en el vacío, cae y se mata. Melibea, con grandes muestras de dolor, se retira a su aposento. Ningún consuelo basta a calmarle el clímax del dolor. Finalmente, en su desesperación, se

arranca la vida arrojándose desde lo alto de una torre o azotea de su casa.

Así, la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, desde el punto de vista técnico de la dramaturgia del siglo XVI, está labrada con primor y fervores de artífice que cuida con dilección hasta el último destello de la joya.

* * *

Marcelino Menéndez y Pelayo afirmó en su estudio sobre *La Celestina* que los orígenes de esta obra inmortal son literarios y no populares.

Esta aseveración nos lleva a considerar las fuentes de la *Tragicomedia* y la cultura renacentista del judío converso creador de la novela dramática. Su autor escanció sobre el libro todo su saber y todo su sentir.

A don Manuel Serrano y Sáenz, profesor de la Universidad de Zaragoza y al malogrado catedrático Castro Guisasaola, debemos la información de la librería de Rojas y los autores clásicos medievales y contemporáneos del bachiller, cuyo influjo se advierte en la discutida producción del Quinientos.

Una relación bastante larga y acaso tediosa, aunque no pedante, se ha sendereado en las páginas de Agatón, Anacarsis, Demóstenes, Diómedes, Esquines, Hecatón, Osocrátes, Xenofonte, Periandro, Peristrato, Pitaco, Platón, Sócrates, Solón, Teofrastró, Xenócrates y Zenón entre los griegos. Aprovechó obras de Virgilio, Ovidio, Persio, Terencio, Séneca, el pseudo Séneca y Boecio, entre los latinos; de Petrarca y Bocaccio entre los italianos, y Alfonso X, Arcipreste de Hita, Pedro López de Ayala, Juan de Mena, Hernán Núñez, el Marqués de Santillana, Baena, Juan Rodríguez del Padrón, Burgos, Quirós, Mexía, Carvajales, Arcipreste de Talavera, el Tostado, Gómez Manrique, Rodríguez Cota, Juan de la Encina, Cortana, Diego de Quiñones, Diego de San Pedro y Nicolás de Núñez.

Es, a la vez, muy extensa la influencia de los libros bíblicos, singularmente del *Génesis*, *Jueces*, *Apóstoles* y *Epístolas*, así como de *Orígenes* y *San Pedro Crisólogo* entre los libros eclesiásticos, y el *Tristán*

de Leonis entre los libros profanos.

Ha quedado probado por el conocimiento de diversos documentos biográficos el origen de Fernando de Rojas. Ya Ramiro de Maetzá fijó la atención de la simiente judaica que se encuentra presente en la obra.

La raíz de *La Celestina* se encuentra evidentemente en los lamentos de Pleberio, el padre de la enamorada doncella:

¡Oh amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos! Herida fue de ti mi juventud, en medio de tus brazos pasé; ¿cómo me soltaste para no dar la paga de la huída de mi vejez? Bien pensé que de tus brazos me había librado cuando los cuarenta años toqué, cuando fui contento con mi conyugal compañera, cuando me vi con el fruto que me cortaste el día de hoy. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres.

La influencia de esta obra fue general y su huella quedó estampada en la multitud de producciones, ya con influencia de conjunto ya con reminiscencia de frases.

* * *

Lo original de la obra de Rojas reposa entre dos tonalidades diversas del sentimiento: en lo lírico, pasión amorosa, idilio y tragedia de Calisto y Melibea, y la tonalidad sombría y siniestra del cosmos y magia negra que preside la figura de Celestina. Esta dualidad de temas fundamentales, sabiamente armonizada, es el que presta a esta obra, a pesar de las múltiples influencias y fuentes de inspiración que en ella sean han descubierto, una insustituible personalidad.

Al inicio del drama pronto llegan a entretenerse, y presenciamos cómo el mandato de lo tenebroso acaba por arrastrar y someter a su fatídico embaimiento la pura esencia lírica de la pasión de los dos enamorados.

Desde el momento en que Celestina ha prendido en el alma de los mancebos, el amor de los adolescentes adquiere un matiz fatal que aprisiona cada vez más a las víctimas en el ruedo tenebroso de su inexorable hechizo.

El amor –dice el académico Manuel de Montoliú– encanto de la primavera de nuestra vida, puro efluvio del anhelo de belleza del corazón humano, ráfaga confortadora del aliento creador que Dios insufla en nuestra alma, se transforma allí rápidamente en un poder impersonal todo poderoso, en el genio del mal, en una divinidad que se alimenta en la sangre de sus víctimas, en un instrumento diabólico de la fatalidad, en una fuerza incontrastable, ante la cual se doblegan todos los instintos, todas las aspiraciones y anhelos del hombre que arrastra en su torbellino de vida a la razón, a la virtud, al sentimiento del honor y de la dignidad, y convierte a la criatura humana en un miserable juguete sin inteligencia ni voluntad que rueda al abismo, poseída de una embriaguez siempre en aumento, hasta el instante de anonadarse trágicamente en la muerte.

La figura de Celestina con todo el vivo y repulsivo realismo con que está trazada, tiene la trascendencia atractiva de un símbolo universal; aparece como el instrumento demoniaco de un genio maléfico que envuelve con sus tentáculos y empuja al abismo, cuando así lo acomoda, a las criaturas más sensatas y candorosas. La pura impresión de la idílica inocencia que nos produce el primer diálogo de Calisto y Melibea, bien pronto se entenebrece y no tardamos en advertir en la expresión de su amor, el sordo murmullo de una lejana ola amenazadora que se va acercando rápidamente para arrollarlos en un incontenible turbión.

El ambiente de la tragedia, iniciándose entre una rosada claridad de amanecer blando y acariciador se va cargando de dramática fatalidad, y el autor sabe elevarla paulatinamente con tanta habilidad que el fin desastrado que arrastra a todos los personajes de la obra, no comprende, antes bien, produce como una sensación de liberación, espiritual, como algo ya presentido, como un destino

inexorable que, por serlo, hemos de desearlo para salir de la atroz angustia que nos embarga.

Todo lo que al inicio es en los dos mancebos candor, ingenuidad, juego infantil, ensueño, arrobamiento, no tarda en convertirse al conjuro de la fuerza satánica del sortilegio en que se ven envueltos ineluctablemente, en embriaguez sin límites, vértigo enloquecedor, sed rabiosa de posesión, furia de goce, existencia briosa del instinto, anhelo desenfrenado de anonadarse en el abismo sin fondo del amor.

El idilio de Calisto y Melibea, que al comenzar clama por un marco de paisajes plenilunares y por una orquesta de gorjas de ruiseñores, acaba por naufragar en las tinieblas del mundo trágico en que el amor y la muerte se entrelazan en el ósculo de la nada.

Lo trágico, lo pesimista, lo amargo, hacen con *La Celestina* su entrada solemne en las letras españolas, y ya nunca lo desalojarán, sino que seguirán siendo huéspedes, que transformados y disfrazados en otras formas volveremos a encontrar en el escenario de la novela picaresca.